

Tiempos aquellos

PALOMA A. MARTÍNEZ ALCORTA *

Todo cambiaba: los pocos ponis con los que aún jugábamos, las Barbies que ya casi no queríamos vestir y los peluches que adornaban nuestras camas fueron reemplazados por radios nuevas, perfumes, aretes y collares. Los 12 años eran una gran edad porque ya no éramos niñas sino preadolescentes. Ahora nuestras mamás no nos podían decir que estábamos muy pequeñas. El problema era que en un colegio solo de mujeres no «sentir el desarrollo y el cambio» era una tortura. «¿Por qué sigues peinándote con dos colitas? ¿El rosado sigue siendo tu color favorito? Yo tengo amigos hombres, ¿y tú?». Era lo peor. Olvídate de los vestidos que te gustaba usar, porque ahora todo lo que verías serían un par de jeans. Ah, y obviamente el rosado estaba vetado. Si es que alguien iba a tu casa, había que esconder las muñecas. Tener los casetes de Nubeluz, Pandora y Muñecos de Papel, así como ver Candy, Sailor Moon o Las Guerreras Mágicas, estaba totalmente prohibido. Ahora solo se podía escuchar Menudo y los New Kids on the Block. Luego llegaría la fiebre de Salserín, con su bebé salsero, y de ahí saldrían después Servando y Florentino. No había forma de perderte novelas como «Gorrión» o «Canela». Y ni qué decir de «Torbellino» con Fiorella Cayo y Santiago Maguil, o su continuación «Boulevard Torbellino», con Laslo Cobas, por el que todas moríamos.

Pensándolo bien, no estaba tan mal, aunque era una época de inseguridades que continuaba así hasta los 14 más o menos. Después de eso todo empezaba a ir mejor. Cada una había desarrollado su propia personalidad y ya no era tan difícil ser aceptada, aunque algunas cosas seguían siendo complicadas. Si te venía la regla a los 12 o antes eras una rara, pero era peor si eras la última en menstruar, porque eso quería decir que todavía no eras «una mujer» como las demás.

Nos reuníamos en grupos según nuestras secciones en el colegio (A, B, C) y peleábamos con las otras por cuestiones como «me miraste feo», «me empujaste en la fila», «tienes mi mismo lapicero», etcétera. Los chicos se convirtieron en el tema de conversación obligado en todos los recreos, al igual que las notitas en la mitad de la clase cuando no te veía la *frau* (palabra alemana para referirse a la profesora). Y si alguien tenía algún amigo nuevo había que presentarlo a las demás antes del próximo domingo, para que él nos presentara a sus amigos y poder salir al cine con ellos el viernes.

Para ese año ya casi no se usaban los *walkmans*. Habían salido unas cosas medio extrañas que brillaban como espejos y parecían súper frágiles: los CD. Según se decía, algún día reemplazarían a los casetes. Obviamente, debíamos modernizarnos, así que tener un equipo con lector de CD se volvió un signo más de la adolescencia.

Cinthia, Lourdes, Prichi, Kyara, Ramitos, Natalia, la Gonzalete y yo parábamos juntas de arriba abajo en el cole y fuera de él. Mi hermano Ignacio, Chopo, Renzo, Pasko, Beto, Rafael y Christian eran nuestro grupo de amigos, y fue con ellos con los que comenzamos a salir, a hacer nuestras reuniones y, muchas, a enamorarse.

Las pijamadas eran lo mejor: todas las amigas «tomábamos» una casa y pedíamos pizza, veíamos películas y contábamos historias de cómo había sido nuestro primer beso y con quién.

Las fiestas de 15 años, o «quinos» como solíamos decirles, eran el evento social del año (aunque hubiera cinco por año), y de su éxito o fracaso dependían los chismes de todo el siguiente mes. Los vestidos eran lindísimos y era impensable ser vista con el mismo más de dos veces. Pero si ibas a tener una fiesta de 15 (yo no tuve), tenías que hacerla bien: invitar a la gente correcta, ofrecer comida rica y trago en abundancia, tener el mejor vestido del lugar, un excelente DJ y por ninguna razón hacer alguna de esas «choladas» de que te pongan los zapatitos de tacón, los chambelanes o, incluso, bailar el Danubio Azul con tu papá, tu hermano, tu novio, tu vecino, el hijo de la amiga lejana de la prima de tu mamá, etcétera.

La ropa de moda y de marca, el corte de pelo y maquillarse o no, hacían la diferencia para definir si eras popular, normal, rechazada o lorna superada. Obviamente, estos calificativos no se usaban explícitamente porque «ay, no, pero si todas somos iguales», pero cada una sabía bien a qué grupo pertenecía. Muchas veces odié a las populares por ser tan huecas, acompañé a una rechazada durante el recreo o miré con una mezcla de lástima y cólera a una lorna superada por haberse reinventado para

encajar. Creo que es por eso que siempre estuve feliz siendo una de las normales.

Las pre-pres, las pres y las proms llegaron pronto y había que estar siempre en contacto con los colegios de hombres más cueros y chéveres para poder ser invitada a una de esas fiestas. Mientras más diferencia de edad había entre una y el chico que te invitaba era mejor, y podías pasearte por el cole como la reina del mundo durante una semana. Todas se te acercaban a preguntar cómo estuvo la fiesta, qué colores se usaron en los vestidos y mil y un estupideces más que en ese tiempo me parecían mostrás. Había que colgar los *corsash* boca abajo para que la flor se secase y poder guardarlos de recuerdo, al igual que las tarjetitas que tus amigas te escribían para la fiesta: «Finalmente llegó el gran día. Diviértete harto y pásala mostro con tu parejo».

El Santa María y el Inmaculada, ambos colegios de chicos muy simpáticos, terminaban peleando después de cada una de las fiestas a las que estaban invitados, pero esos no eran los únicos colegios de hombres. El Markham (cuando todavía era solo de hombres) también figuraba en la lista de los mejores. Y qué decir de nuestra competencia directa: el Villa María (las buenazas huecas) y el San Silvestre (las buenazas rucas) no podían quitarnos a «nuestros» amigos. Total, nosotras éramos del Santa Úrsula y, aunque nos llamaran las «buena gente» (en otras palabras, feas), no nos íbamos a dejar; además, de esos colegios eran la mayoría de nuestros enamorados.

Justamente por esa época el Internet ya estaba en todos lados y los chicos aprendíamos a usarlo mejor y más rápido que los adultos. Las computadoras en las casas eran más frecuentes. Imposible no hablar de los celulares: los teléfonos portátiles habían pasado de ser unos ladrillos a ser pequeñísimas maquinitas que todos queríamos que nos regalaran por Navidad.

El Gobierno de Fujimori había terminado de la peor manera: los corruptos caían uno a uno y se descubrían estafas y malos manejos a diario. Para entonces, todos los que habían creído en Fujimori alguna vez lo despreciaban y juraban haber sabido siempre que era un ladrón al igual que Montesinos. Finalmente, empezaba el Gobierno de Transición de Paniagua. ■